

XXI Domingo de Tiempo Ordinario

- **Is 66, 18-21.** De todas las naciones traerán a todos vuestros hermanos.
- **Sal 116.** R. Id al mundo entero y proclamad el Evangelio.
- **Heb 12, 5-7. 11-13.** El Señor reprende a los que ama.
- **Lc 13, 22-30.** Vendrán de oriente y occidente, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Ante la pregunta que le hace una persona mientras va de camino, «¿Son pocos los que se salven?», Jesús no responde directamente. Quiere poner el acento no en el “cuántos” sino en el “cómo” de la salvación.

La “puerta estrecha”, de que habla Jesús, significa que cada uno debe esforzarse por vivir el Evangelio, renunciando a muchos apegos que frenan o dificultan la salvación. La salvación no se concede automáticamente. Cada uno ha de responder al don que ofrece el Señor. El Evangelio se propone, no se impone. Depende de la libertad de cada uno el aceptar o rechazar con sus propios actos la oferta de la salvación.

La puerta del Reino es estrecha, porque choca con las tentaciones de comodidad que la sociedad del “bienestar” ofrece y propone, y que dificultan la vocación del discípulo de Jesús. Nos sentimos en ocasiones desprovistos de ideales y faltos de esfuerzo personal. Recurrimos a Dios para pedirle salud, trabajo... Pero, la relación permanente y la comunicación amistosa con Él, tal vez no la cultivamos debidamente.

No basta con decir: “soy católico, creo en Dios...”. Lo que define nuestra condición de cristianos es nuestro intento permanente de conversión. De poco servirán nuestras prácticas religiosas —sacramentos, oración, etc...—, si, en el fondo de nosotros no se da el deseo de conversión. No basta con haber enseñado la Palabra de Dios, si no ha ido acompañada la Palabra dicha con la coherencia y sinceridad de vida.

Por ello «vendrán muchos de oriente y occidente, del norte y del sur», que nos arrebatarán nuestros “derechos adquiridos” como ciudadanos del Reino. Dios rechaza a los circuncisos y a los bautizados que no son fieles, mientras que admite a los paganos que lo buscan y lo encuentran.

El pueblo judío, que rechazó a Jesús y su propuesta de salvación, había sido el “elegido” como el primero para recibir la salvación del Mesías. Con todo, el Evangelio llegó hasta los confines del orbe, convocando a pueblos de toda raza, lengua, nación, sin exclusión de nadie. Así, hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos. El Reino no es un privilegio que se adquiere por títulos o herencia. Es un don, una oferta generosa y gratuita que el Señor nos ofrece a todos. Pero que requiere nuestra aceptación y respuesta total.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

La Palabra de Jesús nos coloca ante dos grandes verdades.

- El amor de Dios exige nuestra conversión. No es una imposición, sino una invitación desde el infinito Amor que el Padre nos tiene en Jesús.
- El amor de Dios es universal. Está por encima de los criterios y categorías humanas. El amor de Dios no queda limitado por la participación de muchos. Al contrario, cuantas más personas lo viven, más se multiplican y beneficia.

3. ¿Qué le respondemos al Señor?

Padre, tu Amor es grande y fuerte para nosotros. Sigues insistiendo siempre para que nos volvamos a Ti. Eres el Padre que está siempre a la espera, constante y amable, de sus hijos, que se alejaron de Tu amistad.

Jesús, Tú eres el Hijo que respondiste íntegramente al Padre desde tu condición humana. Haz que nosotros aprendamos tu estilo y tu entrega.